

siempre sabrá volver. De este modo, concluye su encargo virtuoso retomando la voz inglesa de su mentor: "Esos riachuelos han pasado por mi corazón. ¡Lleguen al tuyo!". Y al parafrasear del inglés, Martí deja al descubierto, en rápido trazo, el núcleo estético del poemario y documenta cómo Emerson, en su ensayo *The Poet*, sin saberlo, previó el instante inflamado en el que Martí se emancipa:

Cuando el alma del poeta ha alcanzado madurez de pensamiento, se desprende y envía de sí sus poemas o canciones —una progenie intrépida, vigilante, inmortal, que no está expuesta a los accidentes del desgastado reino del tiempo; un intrépido, vivaracho retoño, provisto de alas (tal fue la virtud del alma del que provienen), las cuales los llevan rápidamente y lejos, y los dejan impresos definitivamente en los corazones de los hombres. (III, 23)

Pero junto a sus lecturas literario-filosóficas, Martí en Nueva York también presencié el arribo de las olas migratorias venidas de Europa a fines del XIX. Vio cómo el influjo de masas paupérrimas iba exacerbando las contradicciones sociales del capitalismo industrial. En medio del combate social callejero norteamericano, protagonizado por obreros y policías, se vio envuelto el primer gran debate ideológico del continente americano entre socialismo y capitalismo, que definiría en muchos aspectos el siglo XX. Martí, a diferencia de Emerson, tuvo acceso a la obra de Karl Marx, como lo veremos más adelante.

feribilidad del tren imaginativo interior, y al grado de objetivación que adquiere lo entrevisto por el poeta, Martí comenta a Jugo Morales al enviarle *Ismaelillo*: "No lo lea una vez, porque le parecerá extraño, sino dos, para que me lo perdone. He visto esas alas, esos chacaes, esas copas vacías, esos ejércitos. Mi mente ha sido escenario, y en él han sido actores todas esas visiones. Mi trabajo ha sido copiar, Jugo. No hay ahí ni una sola línea mental. Pues, ¿cómo he de ser responsable de las imágenes que vienen a mí sin que yo las solicite? Yo no he hecho más que poner en verso mis visiones. Tan vivamente me hirieron esas escenas, que aún voy a todas partes rodeado de ellas, y como si tuviera delante de mí un gran espacio oscuro en que volaran grandes aves blancas. (VII, 270-271).

JOSÉ MARTÍ EN NUEVA YORK: DOS HITOS DE SU LECTURA CULTURAL

En este capítulo se procura destacar dos lecturas efectuadas por José Martí durante su estadía en Nueva York. Una de ellas es de corte sociocultural: Martí, a través de *Rasgos Ingleses* de Emerson, asimila una vertiente del pensamiento emancipador norteamericano frente a Europa. La otra es de carácter económico y político: a través de *Contemporary Socialism*²⁶ de John Rae, se familiariza con el socialismo europeo de fines del siglo XIX que, trasplantado a América por los inmigrantes alemanes, haría todo su impacto en el siglo siguiente.

En el primer caso, Martí ve en Emerson al filósofo cultural que instaura una visión histórica afincada en el Continente Americano. Emerson (padre cultural de Estados Unidos), en su trayectoria intelectual se desprende de Inglaterra y se abre hacia el sur continental, especialmente hacia Cuba. En el segundo, constatamos su lectura de *El socialismo contemporáneo*, del autor escocés John Rae. En 1884 Rae produjo un compendio claro y sustantivo de las ideas socialistas de fines de siglo, con el objeto de medir su poder como movimiento revolucionario mundial. Mediante esta lectura, Martí examina autores socialistas clásicos, entre ellos Lassalle y Marx, y arrostra las interrogantes que venían envueltas en la ola histórica del momento: ¿marchan las sociedades europeas hacia el socialismo?; ¿cómo evolucionaría el experimento social estadounidense frente a la emergencia del socialismo en sus propias entrañas? Aquí no se trata únicamente de construir intelectualmente la nación (o Latinoamérica), sino de establecer la democracia en el continente. Es decir, promover una sociedad viable, sostenida por la participación equitativa de todos los sectores de la comunidad. En este diálogo humano se resuelve arduamente la respuesta al reto de la era moderna, formulada así por Martí: *Instead of impossible equality, possibly equity* ("En vez de igualdad imposible, equidad posible").

²⁶ John Rae, *Contemporary Socialism*, New York, Charles Scribner's and Sons. 1887.

Es, pues, la irredenta búsqueda de justicia social la que ha de apuntalar la existencia noble de las naciones latinoamericanas.

Entre los acontecimientos históricos más importantes ocurridos en el continente americano durante el siglo XIX, podrían señalarse los siguientes: el término del régimen colonial y el nacimiento de las repúblicas; la abolición de la esclavitud; el surgimiento de la libre empresa y las luchas obreras; el planteamiento de la democracia representativa como posibilidad de gobierno. Esta serie de eventos definitorios del siglo pasado, en la que la América sajona generalmente se anticipa a la hispana, parece contrastar con el ritmo histórico latinoamericano desde 1492, marcado por períodos de largo aliento: la sofocación de las culturas nativas y el establecimiento del orden colonial. Las luchas independentistas, llevadas a cabo entre 1810 y 1824, anuncian el aceleramiento histórico que caracterizaría el siglo, pero no es sino hasta las dos últimas décadas del XIX cuando se abre paso en América Latina la mentalidad contemporánea, con el advenimiento universal de la llamada modernidad. Y por primera vez se tiene en claro que parte de ser contemporáneo es adquirir conciencia ciudadana de comunidad expuesta a la marejada internacional. En los centros urbanos más activos, la visión histórica se vio obligada a desprenderse de la morosidad colonial para reenfocarse atentamente en el presente. El transcurrir temporal se cuantificó hasta hacerse casi acuñable, y empezó a percibirse como un flujo material por el cual se iba insertando trabajosamente un núcleo laboral en el progreso. Un estudioso como Roy Harvey Pearce ha sabido indicar el impacto de un microscópico hecho de la confección productiva, sobre la mentalidad vigente (cuasi agraria) del siglo XIX, revelando cómo la vida del continente quedó afectada en un momento preciso. Dice:

En cierto sentido, toda la historia cultural americana es el registro estimulante de 1880: que los artículos más baratos podrían ser o serían hechos de los mejores materiales.²⁷

Por primera vez de una manera tan rigurosa, la sociedad fue afectada por un axioma económico que llega, con algunas variantes, hasta nuestros días: el producto acabado, como especie darwi-

²⁷ Roy H. Pearce, *The Continuity of American Poetry*, Princeton, Princeton University Press, 1961, p. 9.

niana, sobrevive sólo si es mejor, más barato y reproducible *ad infinitum*. Su desempeño eficaz, en medio de las fuerzas del mercado, es lo único que sostiene su supervivencia. Entonces, las ciudades, antiguos centros de nobleza o poder, empezaron a perfilarse como vastos mercados y, en reacción hasta entonces desconocida, la sociedad se abocó por primera vez a un hiperactivismo impersonal y mecanizado, obligándose a un trueque ávido en medio de motores y turbinas. En este año de 1880, en el que toda la armazón del continente cruje, José Martí desembarca en Nueva York.

Martí se interna en la sociedad contemporánea, llevando en su mirada la conciencia de su patria colonizada, de una Latinoamérica básicamente agraria y con una cúpula dirigente moldeada en gran medida a la usanza europea. El arribo de Martí a Norteamérica resulta aún más oportuno porque la sociedad que se abre ante sus ojos es primariamente un vasto experimento social. Pero es también una nación monumental que se yergue amenazante sobre el resto de América. El encuentro de Martí con Estados Unidos es complejo pues, el país en medio de su gigantismo rudo, se había atrevido admirablemente a crecer aparte de Europa, asentándose sobre los pies de instituciones propias. El poder ver al personaje ciclópeo en acción convierte en ese momento a Martí en un observador de avanzada, o quizás de ultra-avanzada, paradójicamente enfrascado en lograr la autonomía política de su patria frente a España. Por eso, tal vez, Martí no coteja tanto la sociedad colonial cubana con el modelo que ve, sino el conjunto de las frágiles realidades sociales del resto de Latinoamérica. La pregunta absorbente de cómo liberar a Cuba, surge y se alimenta en la búsqueda de una fórmula de gobierno propia, que propicie un crecimiento sostenido, autónomo y armonioso para la totalidad de países latinoamericanos, es decir, para Nuestra América. En este sentido profundo, Martí es bolivariano. Martí explora Norteamérica, siguiendo el camino de otros analistas sociales, entre ellos Alexis de Tocqueville. El observador francés, con ojo metódico, había recorrido el país observando y evaluando. Al resultado de su agudo examen lo tituló *De la democracia en América*.²⁸ Sus anotaciones no se limitan a analizar la configuración humana de las poblaciones, el espíritu que anima las instituciones, o las di-

²⁸ Alexis de Tocqueville, *De la Démocratie en Amérique*, Paris, Calman Lévy, Editeur, 1888.

ferentes personalidades del habitante del Este, del Sur o del Suroeste. Entre líneas, busca pistas que ayuden a dilucidar el debate internacional más espinoso del momento: si el experimento democrático norteamericano, desconocido en Europa, funcionaba, y si los estadounidenses, con el tiempo, podrían liberarse de la paternidad intelectual de Inglaterra, y producir su propia floración cultural y social.

Sin embargo, el examen que Martí inicia en 1880, aunque menos sistemático, es más intenso que el de Tocqueville. Siendo latinoamericano, Martí tuvo una disposición analítica distinta. Por circunstancias imprevistas, y a pesar de tratar de asentar hogar en algún país al sur del Río Grande, es prácticamente arrojado a las costas de Nueva York. Entonces, a diferencia del observador francés, no desembarcó como estudioso sino como patriota exiliado, con todas las urgencias que esto conlleva. Martí tiene que ganarse la vida y en el trajín laboral de quince años ausculta el latido del país, tratando de visualizar un modelo político-social propio para Hispanoamérica. Su obra poética, ensayista, su crónica periodística y su acción política fermentan con el eco de la ciudad moderna. Y, aunque su estadía no es totalmente voluntaria, responde a las posibilidades operacionales que requiere la tarea inmensa que tiene delante: liberar a Cuba. Entonces, decide observar los acontecimientos nacionales como periodista, y como pensador se adentra (con paciencia de geólogo), por las grietas de la geografía cultural de Estados Unidos. En ese viaje hacia los cimientos mentales de la nación, su estrategia es seguir el sendero trabajosamente abierto por aquellos dirigentes intelectuales, en cuya obra y carácter se han estampado los rasgos más representativos del país que ve ante sus ojos. Y, sin duda, la *mente suma* americana, a juicio de Martí es Ralph Waldo Emerson.

Es ésta, me parece, otra de las razones de la prominencia de Emerson en los escritos martianos. Lo coloca en primer lugar, en la lista de norteamericanos insignes, contenida en su carta-testamento literario, que dirige desde Montecristi a Gonzalo de Quesada y Aróstegui, el 1 de abril de 1895.²⁹ Y es que en su panteón estadounidense de hombres ilustres, formado por poetas, estadistas, escritores y científicos, sólo uno de ellos había encarado la necesidad de reorientación del pensamiento continental en "El intelectual ameri-

cano", alocución considerada como la declaración de independencia cultural de Estados Unidos;³⁰ sólo uno de ellos, con su arenga "El joven americano", evaluó el impacto del capitalismo en la sociedad norteamericana y propugnó una respuesta de carácter ético frente al desbande hacia el consumismo; sólo uno de ellos, con el libro *Naturaleza* y un caudal de ensayos, fue capaz de proponer una visión filosófica centrada en el Nuevo Mundo; sólo uno de ellos dejó la casa propia, cruzó el océano y se internó en las calles del imperio inglés, para examinar por dentro sus instituciones y señalar un camino autónomo para Estados Unidos; sólo uno de ellos logró iniciar un movimiento literario conocido como el "Renacimiento Americano". Finalmente, Martí sólo a uno de ellos llamó "filósofo" y sólo a los pies de uno de ellos dejó "todo su haz de palmas frescas y su espada de plata." (XIII, 30) En la nómina del testamento literario hay, pues, un encargo inicial: la puerta de entrada a Estados Unidos es Emerson, el pensador a quien más admira. Así, antes de lanzarse al campo de batalla, cuando Martí evalúa su estadía en Norteamérica, corona el liderazgo intelectual de Emerson, poniéndolo a la cabeza de todos los norteamericanos.

En el ensayo *Emerson* que Martí le escribió a su muerte, publicado en *La Opinión Nacional* de Caracas, el 19 de mayo de 1882, y que forma la parte final de este estudio, presenciamos la emergencia de un espacio ritual que recibe el cuerpo de Emerson; oímos la noticia de su muerte y luego, ocupando casi todo el centro del ensayo, asistimos al recuento de su filosofía natural. Aún más significativo, mediante este texto nos hace partícipes de su ángulo de visión. Martí, el gran ejecutante, refunde al castellano pensamientos de Emerson, tomados de múltiples ensayos. Hace presente, delante de nosotros, su método de lectura y escritura y su concepción ética de la sociedad. Nos da los títulos de sus obras más valiosas: *Nature*, su libro central; *Hombres representativos* (una colección de ensayos sobre ejemplos humanos personificadores del filósofo, del místico, del escéptico, del poeta, del hombre universal y del escritor) y sus *Ensayos* que reflexionan sobre diferentes tópicos filosóficos, éticos y literarios. Se detiene, asimismo, en *Rasgos ingleses*, una meditación ardua sobre la cultura inglesa cotejándola con la norteamericana.

²⁹ Martí se refiere al ensayo *Emerson*, ya mencionado (XIII, 15-30).

³⁰ James R. Lowell, *My Study Windows*, Cambridge, Houghton, Mifflin and Company, The Riverside Press, 1904, p. 136-137.

Este último libro posibilita establecer cómo la presencia de Emerson en la obra de Martí, es en buena parte la huella de su viaje por el paisaje emancipador de Estados Unidos. En su incursión, el adentramiento en el país se confunde con el adentramiento en el hombre y viceversa, enriqueciéndose la exploración doblemente en esta dialéctica. Dada su admiración por Emerson y la familiaridad con el libro referido, Martí, a diferencia de Tocqueville, va más allá de la captación de una fórmula social. Ve que la democracia en Estados Unidos está permeada por el carácter de sus más originales pensadores. Para Martí, Emerson no sólo personifica ciertos rasgos de la democracia norteamericana, sino que él la define frente a Europa y en particular frente a Inglaterra.

En "Emerson" Martí destaca *Rasgos ingleses* diciendo: "Vio a la vieja Inglaterra de donde vinieron sus padres puritanos, y de su visita, hizo otro libro fortísimo, que llamó 'Rasgos ingleses'". (XIII, 28) Dentro de la prosa sintética del texto martiano, este comentario enfático singulariza al libro y al mismo tiempo deja planteada una cuestión: ¿por qué lo llama "fortísimo" y no "importantísimo" o "valiosísimo" como sería lo obvio? En la escritura compendiosa de "Emerson", el adjetivo "fortísimo" llama la atención porque sobrepasa el juicio ideológico sobre *Rasgos ingleses* y alude al monumental ciclo de búsqueda de soberanía nacional emprendida personalmente por el autor del libro: Emerson. Recuerda que esa búsqueda intelectual fue asumida en términos absolutos y llevada a cabo por un viajero cuyo pensamiento insurrecto se mantuvo a contrapelo de la Madre Patria. Resume, igualmente, el esfuerzo vital que, por todos sus conciudadanos, Emerson empezó a formular en *Nature* (1836), en el ámbito individual, y que terminó de plantearlo en *Rasgos ingleses* (1856), en la esfera civil. El libro es una gran parábola de la búsqueda del ser nacional por un intelectual y en este sentido Martí, empeñado en un esfuerzo afín, ve en Emerson un *alter ego*. Dentro de esta orientación insurgente, "fortísimo" lleva empapados la lucha interior y el riesgo del que adopta conscientemente la "orfandad" intelectual como medio necesario para romper con la paternidad cultural europea. Las circunstancias biográficas ilustran la evolución de la postura de Emerson frente a Inglaterra partiendo de una hecho fundamental: admitió serenamente la "orfandad" intelectual nacional y en ella misma fundó el recomienzo cultural americano. Este arrojido independentista que da origen a *Rasgos ingleses*, echa luz sobre la límpida y resuelta posición de Martí frente a Europa (particularmente España) y frente a Nortea-

mérica. En este sentido, el juicio de Martí sobre el libro aquilata no la virtuosidad especulativa, que deja de lado, sino el temple "fortísimo" del espíritu humano que guía la pluma y entra en combate.

Aunque Estados Unidos habían logrado conseguir su independencia en 1776, Emerson estaba preocupado por el problema irresuelto (formidable e infinitamente sutil) de articular la cultura nacional. El desprendimiento político de Inglaterra había sido principalmente una reacción, ahora el país debía modular su propia voz intelectual. Pensando en el futuro de su joven país y viendo los girones colgantes que el arrancón bélico había dejado, decide visitar Inglaterra. Sí, como dice Martí, visitar "a la vieja Inglaterra de donde vinieron sus padres puritanos". Este viaje, en el que se entrevistó con Carlyle, uno de los apóstoles de la libertad internacional, contribuyó a reducir a la Madre Patria a su tamaño mental real. Dice Philip Nicoloff al comentar el viaje de Emerson de 1833:

La nueva confianza ganada en el viaje se reveló no sólo en ideas nuevas —él era el mismo hombre con las mismas ideas—, sino también en un nuevo sentido de capacidad propia y de misión.[...] Ahora, en su terreno, él podía explorar sus creencias con completa confianza. La liberación de Estados Unidos de la esclavitud de las culturas extranjeras —especialmente de la cultura inglesa—, se convirtió en un ingrediente fundamental de su programa.³¹

Pasaron catorce años antes de su segundo encuentro con Inglaterra. En este lapso Emerson se pronuncia contra la guerra injusta con México, que estalla en 1845, y contra la esclavitud de los negros. En un terreno más amplio y complejo, enjuició ácidamente el abrazo social acrítico hacia la prosperidad burda. Se fue percatando de que en Estados Unidos, comparados con el amor por la propiedad, la religión y el patriotismo iban convirtiéndose en meras conveniencias sociales. Estas tres orientaciones de su crítica salen a la superficie en el poema "Oda", que Martí conocía bien. El texto, escrito el mismo año de la guerra, es una denuncia de ella y al mismo tiempo señala el deterioro espiritual de la nación. El ciudadano, a ojos de Emerson, se ha sumergido en un movimiento involutivo hacia la animalización: es un gusano. En español, la estrofa quedaría traducida así:

³¹ Philip L. Nicoloff, *Emerson on Race and History: An Examination of English Traits*. New York. Columbia University Press, 1961, p. 20.

Pero ¿quién es el que alardea
de la cultura de la humanidad,
de mejores artes y vida?
Anda, ciego gusano, anda,
¡mirad los famosos Estados
arrasando a México
a rifle y cuchillo!

Más adelante, el poema dramatiza el creciente desbocamiento del sistema económico. En la sociedad, el hombre ha sido engullido por el desfase de su propio trabajo:

El caballero sirve al caballo,
y el vaquero a la res,
el mercader sirve a su bolsa,
y el comensal al bistec.
Es el día del inmueble,
tejer tela y maíz que moler,
En la montura están las cosas,
cabalgando a la humanidad.

Y acerca de la esclavitud que corroe al país:

El supra-dios
Que desposa Derecho y Poder,
Que pueblos, despuebla,-
el que extermina
con raza fuerte a otra,
con caras blancas a rostros negros,-
sabe cómo extraer miel del león. (IX, 76-79)

Es respirando este turbio clima nacional, que decide viajar a Inglaterra por segunda vez en 1847. Pero a la visita sucede la reflexión. Sólo nueve años más tarde puede dar forma a sus experiencias y publica *Rasgos ingleses* en 1856, cinco años antes de la Guerra Civil. El problema de la esclavitud no era únicamente un asunto de justicia social o de derechos civiles. Estaba en juego el resquebrajamiento de Estados Unidos, centuplicando la vulnerabilidad del país frente a Inglaterra. En la tensión creada entre el Noreste industrial y el Sur agrario, sostenido por una economía de trabajo forzado, Inglaterra tenía un peso político y económico sustancial. La industria textil inglesa dependía en gran parte del algodón producido en los campos del Sur. Así que, políticamente, Inglaterra

trataba con el Sur como nación aparte. Es, pues, un período histórico crítico. El 12 de abril de 1861 se inicia la Guerra Civil. Inglaterra se solidariza con el Sur y se convierte en enemigo efectivo del país. De los treinta y tres estados que conforman la unión, ocho se separan: Carolina del Sur, Misisipi, La Florida, Georgia, Alabama, Texas y Virginia. Dos presidentes gobiernan al mismo tiempo: Lincoln en el norte y Jefferson Davis en el sur. Finalmente, tras la devastadora lucha de cinco años, en la que por momentos los sureños hubieran podido tomar la ciudad de Washington, emerge la nación, tambaleante, pero ya fuera del alcance de Europa. El intelectual se había sumado a un cometido patriótico que la Guerra Civil terminó de acuñar.

Emerson, en *Rasgos ingleses*, había descrito a Inglaterra para sus conciudadanos cumpliendo un objetivo radical: visualizarla intelectualmente como unidad aparte. De este modo, la dirigencia académica nacional se habituó a pensarse suelta y a su suerte. Al cortar las amarras, Emerson contribuyó a revelar una realidad americana noble, autorreferencial, tan legítima como la realidad inglesa observada por sus padres. Dice Nicoloff al respecto:

En su primer viaje en 1833, [Emerson] se había concentrado simplemente en exorcisar el demonio personal de la dominación cultural inglesa, pero ahora en 1847, iba a empezar la tarea de describir a los ingleses y su historia para ofrecer un tributo respetuoso a sus logros y, a la vez, entregar una profecía optimista a unos Estados Unidos que estaban aún tratando de comprender su propio destino. Y, sobre todo, proclamar la glorificación de un espíritu universal, cuyos principios de perpetua muerte y recomienzo, jamás podrían ser cambiados ni por la Armada Inglesa ni por la riqueza de la India.³²

Martí, por su parte, asume un papel legítimamente similar al situarse con toda América Latina frente a Estados Unidos. Al producir su obra como escritor, hereda el "desgaste intelectual" de Emerson en *Rasgos ingleses*. Por ejemplo, sus famosas "Escenas norteamericanas", nos alertan sobriamente sobre la amenaza del vecino poderoso y retratan la realidad contrastándola con la nuestra. Es decir, proclaman la existencia individual de las dos Américas. Nos animan a sentarnos a la mesa continental en proporción de

³² *Ibid.*, p. 26.

iguales; sin agigantamiento ni empequeñecimiento de ninguna de las partes. Martí trasmite, a su modo, el legado "fuerte" de *Rasgos ingleses*: como naciones, hemos de escoger nuestra propia muerte y hemos de buscar nuestro propio recomienzo.

En relación con este libro-eje, el tema libertario y autonomista reaparece en el ensayo "Emerson", al hablar Martí de la ciudad de Concord, hogar del pensador norteamericano:

Vivía en ciudad sagrada, porque allí, cansados los hombres de ser esclavos, se decidieron ser libres, y puesta la rodilla en tierra de Concord, que fue el pueblo del sabio, dispararon la bala primera, de cuyo hierro se ha hecho este pueblo, a los ingleses de casaca roja. (XIII, 20)

Muy probablemente aluda aquí al poema titulado "Himno de Concord", escrito en 1837, donde escuchamos ese famoso disparo. El poema emersoniano se inicia de la siguiente manera:

Por el recio puente que la corriente arquea,
su bandera ondeó a la brisa de abril;
los campesinos allí formados resistieron,
y lanzaron el disparo sentido en el mundo entero.³³

Pero, curiosamente, junto con el gesto insurrecto frente a Inglaterra, Emerson abraza a Latinoamérica. En otros textos céntricos de Emerson, Martí descubrió esos paseos del norteamericano por el sur del continente. En *May Day*, poema que da título a todo un poemario, y que Martí menciona en su segunda crónica sobre la muerte de Emerson el 23 de mayo de 1882 (XXIII, 303-306), documenta nada menos que la apertura cordial de Emerson hacia Cuba. Asimismo, de este poema provienen, como se señaló anteriormente, los versos del poema "Nature" que sirve de pórtico al ensayo del mismo nombre. En la pluma integradora de Emerson, Cuba es el hogar tropical, desde donde los pájaros en mayo emigran hasta los bosques de Nueva Inglaterra. Allí fortifican con su probidad y pureza a la raza humana. El poema empieza describiendo el invierno: la tierra dete-

³³ Emerson escribió *Nature* en la "Old Manse", en un cuarto del segundo piso cuya ventana daba a este puente ("North Bridge"), y al campo de batalla donde se inició la revolución contra Inglaterra. La casa, situada al norte de la ciudad y junto al río Concord, fue construida por su abuelo William Emerson. Allí también vivió Nataniel Hawthorne durante una temporada y la inmortalizó en *Mosses from an Old Manse* (IX, 158-159).

nida y opaca en su sueño frío. En esa suspensión del paisaje, el poeta oye los presagios de la primavera con la llegada de las aves de las regiones del Caribe americano:

"Día de mayo"

En la tierra nebulosa
¿qué es lo que yo escuché?
¿Étérea arpa, canto de pájaro,
errante sonar del viento,
o voz de un meteoro perdido en el aire?
De la esfera estrellada, tales noticias
puede este inquieto aire traer.

Yo caminé al atardecer, en tempranos días,
sobre la tierra tiesa y dura;
la nieve alzada, ocupando los caminos,
ni una chispa allá en el cielo.

Yo he visto la Primavera coronada de brotes,
marchar diariamente hacia el norte,
saludando a adustos caballeros antiguos,
volando sola en majestuosa hilera.

Yo vi ayer temprano,
una bandada de pinzones,
volando bajo el arco cristalino
y pasar cantando en marzo.
Yo saludo con gozo las bandadas sonoras,
frescas de palmas y cañas cubanas.

De Natural arca, las mejores joyas
bañados con rocío de mañana tropical;
amados por los niños, poetas de la primavera,
¡oh pájaros, traigan sus perfectas virtudes!
(IX, 163-181)

En los escritos de Emerson, Cuba, de alguna manera, parece simbolizar lo incorrupto, tierra periférica a los excesos prevalentes en Estados Unidos. Asimismo, en el ensayo *Man the Reformer* de 1841, Cuba es llaga en el costado; patentiza la vulnerabilidad de nuestras repúblicas frente al poder económico, problemática que da de lleno en el siglo XX latinoamericano:

En la isla de Cuba, además de las abominaciones comunes de la esclavitud, parece que se compran hombres únicamente para las plantaciones, y de esos miserables jóvenes, mueren anualmente uno de cada diez para proveernos de azúcar [...] Yo acepto el hecho de que el sistema general de nuestro comercio (además de sus aspectos más deplorables, que espero sean excepciones denunciadas y no compartidas por ningún hombre respetable), es un sistema de egoísmo; no está dictado por los altos sentimientos de la naturaleza humana; no está medido por la exacta ley de reciprocidad, mucho menos por sentimientos de amor y heroísmo, sino que es un sistema de desconfianza, de encubrimiento, de superior astucia, no de dar, sino de aprovecharse. (I, 32)

Martí observa tenazmente la escena contemporánea sin dejar de estar atento a la marcha del acontecer mundial. Posterior a este primer momento de encuentro con Emerson en los primeros años neoyorquinos, se da un segundo momento, en el que se las ingenia para cotejar la situación social del país en el que vive, con las fuerzas sociales emergentes en Europa, y que desembocan a torrentes junto con las pauperizadas masas europeas, para aglutinarse en el puerto de Nueva York. Así, en los albores de una contienda ideológica y política que definiría nuestro siglo, Martí compagina junto a la lectura de Emerson otra empírica, que lo lleva a examinar el pensamiento socialista clásico europeo. Llega a sus manos el libro de John Rae, *Contemporary Socialism*.

En noviembre de 1991, gracias a los auspicios del Centro de Estudios Martianos y del Archivo de Asuntos Históricos del Consejo de Estado de Cuba, tuve la oportunidad de examinar los libros en inglés que formaron parte de la biblioteca personal de José Martí. Entre los libros revisados pude examinar el mencionado, con anotaciones al margen del texto hechas a lápiz por el propio Martí.³⁴ Incluyo como apéndices del presente estudio tanto el índice del libro de Rae como la nómina de libros revisados. Este hallazgo, me pare-

³⁴ El hallazgo lo di a conocer por primera vez en el Centro de Estudios Martianos en el mes de noviembre de 1991, en la sesión final del "Cuba-U.S. Project on Martí", bajo los auspicios de la "Task Force for Scholarly Relations with Cuba". El proyecto fue financiado por la Ford Foundation a través de la Latin American Studies Association. Posteriormente describí estas notas martianas en el libro de Rae, ya de modo sistemático, en el Simposio Internacional "José Martí, Hombre Universal", celebrado en La Habana, del 7 al 10 de abril de 1992.

ce, contribuirá a establecer más directamente cómo, entre 1884 y 1887, Martí incorporó el socialismo moderno en su pensamiento. El libro de Rae es un compendio sobre las teorías socialistas y sus avances políticos tanto en Estados Unidos como en Europa (vale decir, en el mundo occidental) en el siglo XIX. Primeramente, trataré del contenido general del libro e iré describiendo las anotaciones al texto. Posteriormente intentaré interpretar el sentido de la lectura hecha por Martí de *El socialismo contemporáneo*.

Algunos de los capítulos que integran el compendio de Rae, fueron publicados inicialmente en forma separada en diferentes revistas inglesas, como la *Contemporary Review* y el *British Quarterly*. La primera edición del libro apareció en 1884 en Nueva York, publicada por Charles Scribner's and Sons. La edición anotada por Martí es la de 1887, pero no existe diferencia alguna con la primera edición, excepto la página del final, anotada por Martí, que anuncia otro libro de la misma casa editorial.

John Rae, el autor del libro, nació en 1845 en Escocia y estudió en la universidad de Edimburgo, donde obtuvo su maestría y en 1897, recibió el grado de *Doctor Honoris Causa* en leyes. Se dedicó a los estudios económicos y al periodismo, y fue contribuyente asiduo del *Economic Journal*, una revista especializada en asuntos económicos. Sus otros dos libros, además del ya mencionado, son: *La jornada de ocho horas de trabajo* y una muy conocida *Biografía de Adam Smith*. Rae murió en Londres en 1915 y si bien no desarrolló una doctrina económica, uno de sus grandes aportes fue el de evaluar sistemáticamente la marcha universal del socialismo y del capitalismo a fines del siglo XIX. Su análisis, enmarcado dentro del contexto de libre empresa de la época, busca identificar las condiciones socioeconómicas que provocan el estallido de una revolución socialista en una sociedad dada, y trata de diagnosticar el grado de acercamiento de los países occidentales hacia tal estado. Rae sostiene que en Estados Unidos, a diferencia de Europa, la población está mucho más lejos de adoptar el modelo socialista como forma de gobierno, porque en ese país el papel centralista del Estado ha quedado reducido al mínimo. En Europa, en cambio, y específicamente en el caso de Francia, el papel centralista del Estado ha permanecido casi intacto a través de sistemas de gobierno distintos, como la monarquía, el imperio o la república.

En una de las páginas iniciales, bajo el título del libro, se encuentra un comentario de Martí de dos líneas que parece decir: "el dogma comunista" seguido de palabras ilegibles. Las dos páginas

siguientes, donde vuelve a aparecer el título del libro, contienen unas treinta y dos líneas escritas a lápiz por Martí, en su mayoría ilegibles. Curiosamente, parece referirse a su hijo y luego a un mal encuentro con una persona. El texto dice: "con la nariz al aire, muy plantado [ilegible] y yo le eché el sermón y le volví la espalda".

El primer capítulo es una introducción general al tema. Rae trata de definir la naturaleza del socialismo contemporáneo, distinguiéndolo de otros movimientos anteriores y explica su impacto político en el mundo industrial. Va de la página 1 a la 59, y es la sección más anotada por Martí. El segundo capítulo va de la página 60 a la 103, y se ocupa del iniciador del socialismo alemán, Ferdinand Lassalle, quien proponía una instauración gradual del socialismo a través del voto popular. Esta sección contiene dos anotaciones importantes y expone la ideología de los grupos socialistas más activos en la época en que Martí vivió en Estados Unidos, especialmente los años 1886 y 1887, en que ocurrieron los famosos disturbios de Chicago.

El capítulo tres expone de manera completa y sistemática la doctrina de Karl Marx. Incluye, entre otros, los siguientes temas: la acogida mundial de *El capital*; los años jóvenes de Marx y su formación ideológica; el *Manifiesto comunista* y la Internacional. El análisis detallado de *El capital* incluye: el surgimiento histórico del capitalismo; el origen de la plusvalía; la teoría del valor económico y la crítica a ésta, y el tema de los salarios. Este capítulo va de la página 104 a la 171. El capítulo cuarto se ocupa del pensamiento federalista de Carl Marlo y va de la página 172 a la 192. El capítulo quinto se titula "Los socialistas de la silla" y va de la página 193 a la 221. Aquí se trata de los académicos alemanes. El capítulo seis analiza las ideas de los socialistas cristianos, entre ellos Saint Simon, y va de la página 222 a la 251. El capítulo siete trata del anarquismo o el "nihilismo ruso". Entre los pensadores analizados está Bakunin, y va de la página 252 a la 317. El capítulo octavo se titula "El socialismo y la cuestión social". Aquí, el autor evalúa las teorías expuestas en los capítulos anteriores desde un ángulo económico. En esta sección, que va de la página 319 a la 379, también se encuentran anotaciones hechas por Martí. El capítulo nueve, final, está dedicado al norteamericano Henry George y su libro *El progreso y la pobreza*. Va de la página 380 a la 455. George es un pensador y activista muy admirado por Martí en sus crónicas neoyorquinas. Resumiendo: además de las anotaciones en las primeras páginas alrededor del título, las anotaciones de Martí apare-

cen principalmente en el capítulo introductorio (páginas 3, 7, 18, 19, 20, 21, 22, 23, 31, 34, 47 y 53); en el segundo capítulo sobre Lassalle (páginas 66 y 71); y en el capítulo octavo titulado "El socialismo y la cuestión social" (páginas 333, 338 y 339). La última anotación martiana aparece fuera del texto, al pie de una página, que incluye el anuncio de un nuevo libro publicado por la casa editorial, llamado *El comunismo y el socialismo en su historia y teoría*.

El capítulo primero, que sirve como introducción al desarrollo de los movimientos socialistas, inicia mencionando la "Exhibición" de 1862, evento en el que Ferdinand Lassalle dirigió a los obreros de Berlín el famoso "Programa del trabajador". Esta exhibición dio origen a la Primera Internacional Socialista. Añade que mientras el socialismo anterior era fundamentalmente filantrópico, el promovido por Lassalle es un movimiento político y revolucionario. Respecto a las experiencias comunitarias norteamericanas, indica que en su mayoría son organizaciones de sectas excéntricas, que no ejercen influencia mayor en la vida política del país, y que mientras el socialismo no político ha desaparecido, ha surgido impetuosamente el encabezado por los "jóvenes hegelianos". Éste es un movimiento revolucionario que busca un cambio social radical. En la página 3 Martí subraya el siguiente pasaje:

Es el comunismo democrático de los jóvenes hegelianos, que plantea la idea de un estado participante, y no se contenta con nada que no sea la transformación del Estado. (P. 3)

El texto que sigue al subrayado, describe este movimiento político y el papel que asigna al Estado. Dice Rae:

Un Estado en el cual el poder y la propiedad estén basados en el trabajo; donde el ser ciudadano dependa de la calidad del trabajo y no de la cuna o la propiedad; donde no haya ciudadanos que disfruten sin trabajar ni que trabajen sin disfrutar; donde todo el que sea capaz de trabajar encuentre trabajo; donde el que haya trabajado retenga el producto de su trabajo; donde consecuentemente, como prerrequisito indispensable de todo el sistema, la tierra del país y todos los instrumentos de producción sean hechos propiedad conjunta de la comunidad; y donde la conducción de todas las operaciones industriales sean puestas directamente bajo la administración del Estado. Lo dicho se afirma como asunto de simple derecho y justicia de las clases trabajadoras, sobre la base de que la riqueza nacional pertenece a las manos de los que la producen. Y se entien- de como una obligación del Estado, porque éste es la mera organi-

zación de la voluntad popular, cuya base es la clase trabajadora. Todo ello se plantea como objetivo a lograrse de modo inmediato, por medios constitucionales, pero si no fuera posible, por medio de la revolución. (p. 4)

Luego, Rae señala que "Lassalle, Marx y los 'jóvenes hegelianos', son los pilares del socialismo alemán; así como del anarquismo o nihilismo ruso lo son Bakunín y Chernycheffsky".

Describe el anarquismo de la siguiente manera:

Se dice que el nihilismo es una fase extrema del socialismo. Este conlleva métodos más violentos y un espíritu de destrucción más omnívoro. Su furia tiene un alcance mayor, ataca todas las creencias y todas las instituciones existentes; pone toda su esperanza en el caos universal." (p. 5)

Añade que el anarquismo no es un producto ruso exclusivamente. Fue propugnado metódicamente en Alemania por algunos jóvenes hegelianos antes de 1848 y "está todavía presente entre los miembros más volátiles en la mayoría de los movimientos socialistas." (p. 6) Esta referencia al anarquismo es importante porque diagnostica con exactitud la agitación social llevada a cabo por los inmigrantes alemanes en Estados Unidos en los años de 1886 y 1887, e incide en los eventos relacionados con el llamado *Haymarket Affair* en Chicago. En la página siete Martí subraya un pasaje en que el autor menciona al economista inglés Cairnes, que define al socialismo como un movimiento político que enfatiza el papel central del Estado en el proceso de transformación social:

La idea que el 'socialismo' expresa a la mayoría de las personas, no es la de una forma particular de sociedad que ha de realizarse en el futuro, cuando el carácter de los seres humanos y de las condiciones de la vida humana sean bastante diferentes de las actuales, sino ciertos modos de acción, más específicamente el empleo de los poderes del Estado para llevar a cabo inmediatamente todos los proyectos considerados socialistas. (*Leading Principles of Political Economy*, p. 316) (p. 7)

A continuación, Rae indica que el socialismo de la época no trata de lograr una mejora social, sino que lucha por implantar un simple derecho; no trata de proveer una mayor felicidad para la mayoría, sino de hacerle justicia, de darle lo suyo, de protegerla frente a la expropiación encubierta de su trabajo. Para esto no hay otra alterna-

tiva que la reconstrucción de la sociedad industrial a manos del Estado. En la página 13 Martí subraya:

El socialismo no es una teoría sobre la acción del estado sino una teoría de la acción del Estado basada en los derechos del trabajador. (p. 13)

Una vez caracterizado el socialismo, Rae traza su evolución como movimiento político. Ve su punto de partida en el espíritu de la Revolución Francesa y de las ideas igualitarias de Rousseau. En las páginas 18 y 19 anotadas por Martí, el autor trae a colación las contribuciones de otro pensador, Baboeuf, quien proponía también la acción directa del Estado en la transformación social. Pero aclara que mientras sus ideas sociales están basadas en el derecho que tiene toda persona a satisfacer sus necesidades, las del socialismo contemporáneo se basan en el derecho y en el producto del trabajo. Es decir, mientras que para Baboeuf el Estado debe dar de acuerdo con las necesidades, en el socialismo el Estado debe dar de acuerdo con el trabajo. En la página 18 Martí subraya un párrafo en que se indica la influencia de este pensador en el socialismo:

Pero estas diferencias son sólo refinamientos del plan de Baboeuf; sus principales rasgos permanecen: la igualdad de condiciones, la nacionalización de la propiedad, la tiranía democrática (modo uniformante fatal para el progreso), un omnipresente control mandarín aplastando la energía de carácter que W. von Humboldt dijo era la primera y única virtud del hombre, por ser la raíz de toda excelencia y adelanto. (p. 19)

Las anotaciones de Martí en el margen superior de la página 19 dicen: "*Instead of impossible equality, possible equity*" ("En vez de igualdad imposible, equidad posible"). En el margen inferior se lee:

Democracia no es el gobierno de una parte del pueblo o una clase del pueblo sobre otra, porque eso es tiranía. Sino el gobierno de tanto el pueblo en equitativa representación y el equilibrio de las clases, de modo que siempre quede [ilegible] parte que la han de representar. (p. 19).

Hacia el final de la página el autor trata la relación entre el socialismo y la democracia. Se pregunta si el socialismo desembocará en democracia; si la democracia será capaz de reorganizar el sistema social y si el socialismo será una etapa desarrollada de la democracia. Según Rae, "La tendencia natural de la democracia no es hacia el socialismo". (p. 20) Sostiene que "en Norteamérica la democra-

cia se ha desarrollado por más de un siglo y que no hay trazas de socialismo, excepto por algunos inmigrantes alemanes de antaño." Agrega que "políticamente, en el país, la clase trabajadora lo es todo; todo hasta donde se permite obtener por voto electoral en una república de sufragio, y ésta nunca ha mostrado deseo de ejercer el voto para obstaculizar la libertad de la propiedad." (p. 20) En el margen izquierdo Martí anota:

Conciliar la energía creadora del hombre en el combate humano, fuente inevitable de todo progreso, con una garantía tal que le quite su acerbidad y dureza sin quitarle el estímulo. Aumentar la energía del hombre con la certeza de su premio tanto como se la [ilegible] (p. 20).

En la página 21 el autor describe la diferencia entre la democracia en Europa y en Estados Unidos. Rae sostiene que en Norteamérica la democracia se desarrolló de modo natural: todos los colonizadores empezaron igualmente; la libertad se obtuvo con sacrificio y la República se ganó con un baño de sangre; que por ello la libertad fue su "tesoro y su pasión". Que los individuos, por haberse ejercitado en el gobierno propio, descubrieron el profundo sentido de su valor práctico y desarrollaron un instinto sutil sobre sus límites. Que el Estado para ellos no es más que el reflejo de su asociación para la protección mutua. Que la propiedad es un hecho difundido y la libertad es un hecho y un ideal. Que la autoridad central ha sido siempre vigilada, y que los derechos individuales son una posesión tan generalizada que cualquier desmedro de ellos en nombre de la mayoría encontraría resistencia social efectiva. En los márgenes izquierdo, superior y derecho de esta página Martí anota:

No soy yo el que llego, esto no es para mí. Yo soy viento y humo. Ahí marchan, marchan y vengo como [ilegible]. (p. 21)

En la página 22 el autor expone el desarrollo de la democracia en Europa, especialmente en Francia, indicando que allá tuvo un carácter muy diferente. Sostiene que en Francia, "La igualdad fue introducida por convulsión y ha acaparado una indebida atención desde entonces. La libertad, de otro lado, ha sido menos deseada que el poder. La Revolución encontró los asuntos del país administrados por una fuerte organización centralizada, cuya mano estaba en todo y en todas partes y la Revolución dejó las cosas así. Las revoluciones se han sucedido unas a otras, las dinastías y las constituciones han ido y venido. Casi todas las partes del sistema social y

político han sufrido cambio: la forma de gobierno ha sido república, imperio, monarquía, imperio y república de nuevo, pero la autoridad misma del gobierno, su esfera, sus atributos, han permanecido siempre iguales. Sucesivamente, cada partido ha tomado el poder del Estado, pero ninguno ha buscado disminuir su alcance. Por el contrario, su tentación ha sido incrementarlo. "La lucha por la libertad se ha corrompido haciéndose una lucha por el poder. Ese es el secreto de la patética historia de la Francia moderna". (p. 22) En esta página; al margen, las palabras de Martí parecen decir: "Artículo [Gómez] sobre el militarismo, [leer?] Bolívar". En la página 23, Rae continúa diciendo que en Europa el

contrato social bajo el cual se concibió la constitución del Estado, los individuos cedieron todos sus derechos y posesiones a la comunidad, y luego los recuperaron únicamente como concesiones del estado. Pero en cualquier momento han de renunciar a ellos por el bien de la comunidad. En vez de disfrutar de igual libertad como hombres, su meta final fue hacerles disfrutar igual plenitud como ciudadanos. (p. 23)

Por eso, según el autor, la democracia en Alemania y Francia es distinta a la norteamericana y tiende hacia el socialismo. Esta página tiene anotaciones en tres márgenes, pero las pocas palabras que se pueden leer dicen: "El negro es tan capaz como el blanco". (p.23)

Según Rae, otro elemento importante para ver si la democracia evolucionará hacia el socialismo, está relacionado con las condiciones económicas de cada país y si éstas conducen hacia la dispersión o hacia la concentración de la propiedad. Sostiene que la propiedad ha de ser distribuida ampliamente o terminará siendo nacionalizada: el destino de las instituciones libres depende de ese dilema. Cita a Tocqueville, quien indica que las sociedades democráticas aman la libertad, pero aman aún más fuertemente la igualdad y la compensación material. Concluye que "el problema social, entonces, es descubrir alguna forma de arreglo cooperativo que reconcilie el gran sistema de producción con los intereses de la clase trabajadora". El autor habla enseguida del problema campesino y de la distribución de la tierra. Ve que en Inglaterra y en Europa la participación de los campesinos en la revolución es un axioma del socialismo. En la página 31 hay unas líneas subrayadas por Martí:

La estabilidad de Europa se puede decir que reside en el número de campesinos acomodados;

la contensión de la revolución es la pequeña hacienda.
(p. 31)

Rae concluye que la buena distribución de la tierra es crucial para que la democracia florezca. Este capítulo introductorio trata, además, de las manifestaciones del socialismo en diversos países de Europa comparándolas con sus avances en Estados Unidos. En la página 34 Rae indica que las condiciones propicias para la aparición del socialismo se dan en naciones en las que:

1. la situación de las clases bajas es muy precaria, es decir, donde la propiedad y el bienestar están mal distribuidos;
2. la democracia política ya está en estado de agitación;
3. las revoluciones anteriores han dejado [aquí empieza el subrayado de Martí] un inquieto espíritu revolucionario —un "hábito valetudinario", como lo llama Burke, "de hacer del extremado remedio del Estado su pan cotidiano."

Esto es lo que encontramos principalmente. Todas estas condiciones están presentes en Alemania [aquí termina el subrayado] —el país donde el socialismo ha avanzado más.
(p. 34)

A continuación, Rae habla de las inciertas condiciones del campesino alemán, expuesto a la parcelización excesiva o al latifundio. Martí subraya:

Pero mientras en el oeste la población agrícola sufre seriamente de le excesiva subdivisión de la propiedad de la tierra, en las provincias del oeste y del norte los campesinos han sido excluidos de ella.
(p. 34)

Rae indica que en Estados Unidos el socialismo se ha desarrollado más rápidamente que en Alemania, a pesar de que el país posee una mayor difusión de la propiedad. Esto se debe a que el movimiento socialista está ubicado, casi exclusivamente, en la corriente migratoria de la población alemana. Es decir, se trata de un socialismo no autóctono, sin raíces americanas, promovido y alimentado desde fuera. En 1879 el incremento del voto socialista en Estados Unidos fue más alto que en Berlín, pero, igualmente, provino de los inmigrantes alemanes. Asimismo, los líderes del movimiento, sin excepción, eran alemanes; y en la convención socialista de Filadelfia en 1876, tres cuartas partes estaba representada por alemanes. En este sentido, considera el fenómeno del socialismo en Estados

unidos como un trasplante ideológico-cultural del socialismo alemán, o sea, como una fórmula social y política traída ideológicamente pero fundamentalmente desconectada de la entraña civil norteamericana.

El autor describe el desarrollo del socialismo en Austria, Francia, Holanda y Suiza. Sobre este último país se indica que el socialismo no ha arraigado, porque el sistema social tiende a suprimir las barreras entre las clases y a establecer una gran red de organizaciones que aseguran el bienestar de la población. Martí subraya un pasaje en el que se enfatiza la relación conciliatoria entre la clase dirigente empresarial y la clase obrera:

La condición de Suiza muestra de manera suficientemente clara que la democracia bajo un régimen de libertad no presta oído al socialismo, sino que enfila el rostro a direcciones completamente distintas. (p. 47)

Rae también analiza la situación del socialismo en Rusia, Italia, España y Portugal. En la página 53, menciona que Bakunín inició el socialismo en Italia en 1868, y que éste es el país más revolucionario de Europa después de España, dado que existe [y aquí empieza el subrayado de Martí] "un excepcional grupo de jóvenes animosos sin carrera ni futuro y ciertamente abundan en la península los elementos revolucionarios, pero como M. de Laveleye astutamente señala, una revolución es casi imposible cuando se carece de una metrópolis revolucionaria." (p. 53) Esta es la última marca a lápiz hecha por Martí en este capítulo. En sus consideraciones finales, Rae analiza brevemente el desarrollo del socialismo en los países escandinavos. Y acerca de Inglaterra sostiene que las masas no aceptan el socialismo porque: a) la gente, guiada por un espíritu práctico, tiende a resolver sus propios problemas y rechaza recetas foráneas, y b) el país tiene una gran tradición de no aceptar una autoridad centralizadora única.

El segundo capítulo está dedicado a Ferdinand Lassalle y contiene únicamente dos pasajes subrayados por Martí: uno en la página 66 y el otro en la página 71. Rae presenta a Lassalle como uno de los grandes fundadores del socialismo alemán, pero reconociendo que la formulación de mayor sistematicidad es la de Marx. Rae menciona otros precursores como Fichte, Schleiermacher, y los "jóvenes hegelianos". Indica la prominencia del llamado de Karl Marx y de Engels al "proletariado de todo el mundo para hacer del socialismo una meta y un instrumento de revolución universal." (p. 61)

Sin embargo, sostiene que la importancia de Lassalle radica en que "él fue el que realmente bajó al socialismo de las nubes y lo convirtió en una fuerza histórica viva en la realidad política de su tiempo." (p. 61) Y añade que el mensaje social de Lassalle fue recibido, en general, con apatía por las clases obreras alemanas, pero fue propagado como un evangelio en Estados Unidos por los alemanes que emigraron allá. La página 66, de tema biográfico, explica que Lassalle fue puesto en prisión por participar en la revolución alemana de 1848, a la edad de 23 años. Martí subraya el texto siguiente:

Lassalle dijo en su defensa que era un socialista democrático y que era en principio un revolucionario. Como tal permaneció toda su vida. Y se reía de los que no eran capaces de oír la palabra revolución sin estremecerse. "Revolución", dice, "significa simple transformación, y se lleva a cabo cuando un principio enteramente nuevo es impuesto" —por la fuerza o sin ella— en un estado de cosas dado. (p. 66)

En la revolución, Lassalle había incitado al pueblo de Dusseldorf a la resistencia armada. En la página 71, Martí subraya sus palabras: "la resistencia pacífica es una contradicción en sí misma, es como el cuchillo de Lichenberg, sin hoja y sin mango, o como si la lana tuviera que lavarse en seco. Es como la mala voluntad por dentro sin la acción externa. La corona confisca la libertad de la gente" (p. 71). Aquí termina el subrayado; las líneas siguientes indican la incapacidad de la Asamblea Nacional Prusiana de defender los derechos del pueblo, y cómo marchó Lassalle hacia la prisión con la frente alta convencido de la justicia de su causa.

Los manuales que tratan el desarrollo de las ideas económicas presentan a Lassalle como promotor de un "socialismo por evolución gradual", pues su propósito era eliminar el sistema de salarios, estableciendo asociaciones cooperativas de trabajadores-productores. El Estado debía ayudar a los obreros a convertirse en dueños de capital y formar sus propias industrias. Según Lassalle, este cambio hacia el socialismo estaba basado en el sufragio universal directo que daría a los trabajadores suficientes representantes en la legislatura para lograr la fuerza política necesaria.

Las otras anotaciones o subrayados de Martí aparecen en el penúltimo capítulo, titulado "El socialismo y la cuestión social". Esta sección es de marcado carácter económico y trata del valor del salario y de cómo se determina en el capitalismo. Se cotejan las ideas de Lassalle, Marx y Adam Smith con la realidad productiva de fi-

nes de siglo. Se presenta la crítica socialista a la economía capitalista, centrándose en los siguientes puntos:

1. en cuanto al salario, tiende a reducirlo al mínimo requerido para darle al trabajador el pan diario, y lo mantiene reducido así; 2. somete la vida del obrero a innumerables vicisitudes, hace el comercio inseguro, cambiante y oscilatorio y ha creado una sobrepoblación relativa; 3. capacita e incluso obliga al capitalista a robarle al trabajador el incremento del valor producido que es fruto de su trabajo. (pp. 322-323)

Las anotaciones de Martí se ciñen al análisis del punto 1, sobre cómo queda determinado el salario en el capitalismo. Rae describe las ideas de Lassalle, Marx y Adam Smith que inciden sobre el tema. En la página 332, el problema del salario se traslada de la explotación del obrero al de la remuneración posible dentro de un determinado proceso productivo. Se indica que el monto del salario está sujeto a la efectividad del producto, a la capacidad productiva total de una determinada comunidad y al juego de intercambio de productos entre las diferentes comunidades laborales. En su examen de la libre empresa moderna que considera la ganancia como base del uso del capital, Rae afirma que la determinación del salario tiene dos límites posibles. Martí subraya:

El precio del trabajo está ahora determinado por la lucha entre el trabajador y el empresario, y el resultado de esa lucha se mueve entre dos límites muy reales, aunque no definitivamente marcados: el inferior, que consiste en la cantidad mínima que un obrero puede aceptar, y el superior, que consiste en la cantidad mayor que el empresario pueda otorgar. (p. 333)

En esta parte del libro, el autor claramente ha empezado a cotejar la teoría socialista con la práctica impuesta por el proceso productivo de la época. Anuncia que la negociación entre obreros y empresarios es un instrumento indispensable en la determinación del salario. En la página 338, sostiene que aunque los sindicatos pueden luchar por subir el límite superior máximo del salario, en realidad no está en su poder el determinar el tope, porque éste depende de la fuerza productiva total de la comunidad. En otras palabras, mientras más eficientes sean los productos de una comunidad, los límites del salario serán más altos. Después, está en los sindicatos el luchar por obtener el salario máximo posible. Trata también de la emancipación general del trabajador, haciéndolo copartícipe de la

empresa. En la página 339 se señala que uno de los aspectos más promisorios para mejorar el nivel de vida del trabajador, reside en su eficiencia y en la mejora productiva. El autor sostiene: "En el presente ni los empresarios, ni los obreros parecen darse cuenta de los recursos que esta área es capaz de dar si fuera inteligente y justamente promovida. Ambas clases están tan inclinadas a obtener una ventaja inmediata que pierden de vista su interés verdadero y permanente." (p. 339) En los márgenes de estas dos páginas, 338 y 339, Martí escribe:

Lo que hay que establecer es la naturaleza meritoria del hombre, y basar en ella, y en las necesidades y propósitos [ilegible] [...] el estímulo personal o colectivo del trabajo [ilegible][...] que trae consigo o las ha traído por no emplearlas (p. 338-339)

Las últimas páginas del volumen incluyen el anuncio de un libro titulado *El comunismo y el socialismo en su historia y teoría* del autor Theodore D. Woolsey. Se da noticia de su contenido e incluye algunas notas críticas. En el margen inferior escribe Martí entre signos de exclamación: "¡Arriba, arriba! Lo hecho no es mucho [ilegible]".

La lectura de Martí de *El socialismo contemporáneo* de John Rae, que hubo de ser entre 1884 y 1887, fechas de la primera edición y de la anotada, permite esbozar ciertas conclusiones. Entre esos años Martí:

- a) había efectuado una lectura detenida de un compendioso tratado sobre el movimiento socialista mundial contemporáneo, que exponía de modo riguroso los análisis de sus mayores representantes, entre ellos Lassalle y Marx;
- b) su visión de la evolución del socialismo encierra una crítica global a éste: es un cuerpo doctrinal nacido de la realidad europea y, tal como se formula en ese momento, no responde ni a la problemática latinoamericana ni a la de Estados Unidos. Esta visión enmarca su análisis sociopolítico de los problemas latinoamericanos y cubanos, vale decir, está vibrando en su célebre ensayo *Nuestra América*, de 1891;
- c) coincide con Rae en su crítica de los anarquistas y socialistas en Estados Unidos, que estaban capitaneados por inmigrantes alemanes. Su reportaje periodístico de los sucesos del *Haymarket Affair* en Chicago, corresponde, en gran parte, con la crítica expuesta en *El socialismo contemporáneo*. El socialismo es visto como un brusco trasplante ideológico europeo en Estados Unidos;

- d) acoge con simpatía las ideas socialistas del norteamericano Henry George a quien Rae dedica todo un capítulo. Tal vez esto se deba al carácter "autóctono" de las ideas sociales de George;
- e) parece coincidir con Rae en su crítica a ciertos aspectos negativos del modelo económico de Estados Unidos. Como expone en sus crónicas, los empresarios tendían a promover la formación de monopolios y el proteccionismo frente al producto extranjero. Martí y Rae indican la necesidad de la eficiencia productiva y de la fortificación de los sindicatos nacionales;
- f) incorpora como pivote de su análisis social la noción de clase social;
- g) enfatiza el papel de los sindicatos y del voto popular para promover el nivel de vida de la clase obrera;
- h) no adopta ninguna doctrina socialista como modelo de desarrollo social, pero su reflexión está profundamente enterada de la crítica de los pensadores socialistas al capitalismo y a sus manifestaciones más crudas;
- i) está persuadido de la necesidad de formar una comunidad productiva altamente eficiente en su país.

Por otro lado, el del cotejo textual, la lectura de Martí de *El socialismo contemporáneo*, parece ser el antecedente más inmediato de la aseveración americanista de 1889 que recuerda diferentes capítulos del libro de Rae: "Cada pueblo se cura conforme a su naturaleza, que pide diversos grados de la medicina, según falte este u otro factor en el mal, o medicina diferente. Ni Saint Simon, ni Karl Marx, ni Marlo, ni Bakunin. Las reformas que nos vengan al cuerpo." (XII, 378) Finalmente, la atenta lectura efectuada por Martí de *El socialismo contemporáneo* queda consignada en el Cuaderno de Apuntes número 18, donde primero reflexiona y luego cita en inglés de su página número 4:

Socialismo.- Lo primero que hay que saber es de qué clase de socialismo se trata, si de la Icaria cristiana de Cabet, o las visiones socrálicas de Alcott, o el mutualismo de Prudhomme, o el familisterio de Guisa, o el Colins-ismo de Bélgica, o el de los jóvenes hegelianos de Alemania: -aunque bien puede verse, ahondando un poco, que todos ellos vienen de una base general, el programa de nacionalizar la tierra y los elementos de producción; y como prerrequisito indispensable de toda su organización "*the land of the country and all other instruments of production shall be made the joint property of the community, and the conduct of all industrial operations be placed under the direct administration of the State*" (XXI, 386).

Para concluir, queda por considerar el eje establecido entre estos dos momentos de Martí como lector de Emerson y Rae. Ambas lecturas provienen de un observador objetivo y veraz, cuya pupila está tonificada por el encuadre cotidiano del corresponsal de prensa. Martí testigo, no pasa por alto el esfuerzo inquisitivo que requiere el observar la realidad social tenazmente y a fondo. Nos alecciona gráficamente en una de sus más importantes crónicas de 1889:

Se ha de hacer con los pueblos lo que los maliciosos hacían con los pianos públicos de los Estados Unidos en el tiempo en que les censuró Dickens que les cubrieran las piernas a los pianos: levantarles las coberteras. De las raíces suben los pueblos; y hay que formarlos, que rehacerlos sin cesar, que estudiarlos en las raíces. Ni la gaceta es medida propia de pueblo como éste, ni la envidia gruñona, ni la antipatía raquíta, ni la admiración recién llegada. (XII, 153)

Y sobre el debate intelectual de éste, su segundo momento como lector, marcado por el análisis teórico del libro de Rae, alza el ceño fuerte de quien está atento al flujo de las corrientes internas que afianzan la nación y el continente. A la lectura económico-política, empírica, del libro del estudioso escocés, le impone un aquilataamiento filosófico, ético y espiritual de gran ángulo, como Emerson quería. La justicia social halla todo su sentido cuando se contempla a un determinado grupo humano no como sociedad, sino como comunidad. Es en esta última donde todos los miembros se abren honestamente a las influencias de los demás. Es en ella donde es posible dejar correr sobre el intercambio comercial el intercambio de virtudes. Por esto, Martí ilumina el trasfondo del teatro social americano que había permanecido hasta ahora en tinieblas. Deja entrar en escena a la mujer, la depositaria de la virtud, emblema antifeudal y alegoría de la democracia. Como si estuviéramos en el vasto mercado neoyorquino, lo humaniza, haciendo presente la Estatua de la Libertad:

Cabe sí, comparar al americano de ahora con el de antes, y ver si el de hoy vale más, como debe valer, o si cumple con el deber de la grandeza, que es el de merecerla por algo que no sea la mera codicia y el tamaño. Cabe inquirir si este nuevo producto humano paga a la humanidad su derecho de existir, que consiste en exceder los males que puede causarle con las virtudes que le aporta, en retribuir, con un ente más feliz y perfecto, el capital de siglos que here-

dó al nacer, el caudal de experiencia y de dolor humano acumulado. Cabe ver si los elementos que entran en la formación de este carácter nuevo son más firmes y generosos que los de los pueblos menos felices, como debieran y podrían ser; o son tales que hayan de censurarse o cambiarse, porque de desenvolverse como van, pudiera tener la humanidad causa para rehuir, más que para proclamar, el advenimiento de la raza que ha amasado con su mejor sangre. Cabe ver si este pueblo hijo de la libertad, se levanta para aumentarla o para oprimirla. Pero no es de justicia achacar como culpas de la hornalla que los carbones quemen y chispeen, ni que el fuego dé llama de un lado y escoria de otro, ni que un país en estado de ajuste y crecimiento, en cuya naturaleza virgen entra incesantemente carne bárbara, se muestre con los humores y excrecencias con que la sangre nueva afea el cutis en los fuegos de la mocedad. Hay que sentarse sobre el universo, y verlo ir y venir, con sus fuerzas que se retuercen, abalanzan y rebotan, como las corrientes y los ríos, para dar juicio sobre este primer ensayo sincero de la libertad humana, que acaso fracase porque falte en el amasijo colosal la suma suficiente de las virtudes femeninas. (XII, 154).